


# PLIEGO



Vida Nueva  
2.982. 2-8  
ABRIL DE 2016

## No sé cómo amarte

Cartas de María Magdalena a Jesús de Nazaret



**PEDRO MIGUEL LAMET, SJ**  
Escritor y periodista.  
Fue director de Vida Nueva  
y es autor prolífico de  
diversos géneros literarios.

A partir del próximo 11 de abril, estará en librerías la nueva novela del jesuita **Pedro Miguel Lamet**: *No sé cómo amarte. Cartas de María Magdalena a Jesús de Nazaret* (Mensajero). El autor se sirve del intimista género epistolar para relatar en primera persona una singular visión del evangelio desde la mirada de una mujer inteligente, maltratada y enamorada. *Vida Nueva* ofrece un adelanto editorial de la carta-prólogo que la protagonista remite a María, la madre de Jesús, y la primera misiva al Maestro, amén de algunas claves para descifrar los enigmas de este atractivo personaje bíblico.

### Argumento

Este es, en síntesis, el argumento de la novela: después de la crucifixión y muerte de Jesús, **María de Magdala** envía a **María de Nazaret**, su madre, unos papiros que dirigió al Maestro y nunca se atrevió a entregarle. En estas cartas manuscritas relata, con lenguaje íntimo y apasionado, confidencias de su azarosa vida antes de conocerle y su radical transformación tras el encuentro de ambos en Galilea. Nacida en Magdala e hija de un rico comerciante de salazón de pescado, que maltrataba a su madre, todavía adolescente se ve obligada a huir y atravesar duras y arriesgadas situaciones: desde un lupanar en Cesarea Marítima a ser vendida como esclava, favorita del rey de los Nabateos y famosa bailarina en Tiberíades, pasando por el amor de un centurión romano, la explotación de una banda de beduinos en el desierto y la amistad de un sabio griego y un médico judío. Fascinada por Jesús, que la cura de sus dolencias, se convierte en su más fiel seguidora hasta su muerte y resurrección. La obra pretende retratar la psicología de una mujer buscadora, libre y compleja, ante la trágica experiencia de un amor tan espiritualmente grande como humanamente imposible, que la supera y la sublima.



### NO SABÍA CÓMO AMARLE Carta de María Magdalena a María de Nazaret (Papiro 0)

Querida María:

Supongo que te sorprenderá recibir de pronto esta carta. Sé que aún no has enjugado del todo tus lágrimas y que aquel mediodía transformado en noche se quedará para siempre en tus pupilas como el segundo nacimiento de tu hijo, inerte y flácido entre tus brazos como una flor de luz y de sangre. Sé que podría esperar algún tiempo más y retrasar este envío que hoy te hago, por medio de Sísifo, hasta que los acontecimientos vividos en la ciudad se vayan apaciguando y la vida tomando, en la medida de lo posible, cauces de cierta normalidad. Aunque ¿pueden nuestras vidas en algún momento llegar a ser normales después de lo sufrido y sentido durante las últimas semanas? De modo muy consciente he querido dejarte a solas con Juan, porque, como el Maestro nos inculcó antes de morir, al parecer era lo que él quería y porque yo necesitaba abandonar por un tiempo esa ciudad que lo mató y acercarme de nuevo a Galilea, a mi Magdala natal, para rumiar y meditar detenidamente este poso de dolor, quietud y desconcierto que nos ha dejado a todos tras su partida y esta nueva manera de vivirle que ahora intentamos estrenar.

¡Cuántos recuerdos brotan a borbotones del fondo del alma y cuánto nos queda aún por saborear y por comprender cabalmente! Preguntas clavadas en el corazón

que no acaban de encontrar plena respuesta. ¿Por qué subió a Jerusalén a sabiendas de que se metía en la trampa fatal? ¿Por qué estaba tan angustiado si en el fondo, aun repeliéndolo y atribulándole tanto, era lo que quería, pues a eso estaba destinando por su misión en este mundo y lo presentía desde siempre? Y, sobre todo, la gran pregunta que incluso para mí misma sigue sin respuesta: ¿quién era él realmente?

Pero no es esa la razón última de mi misiva. Quiero revelarte un secreto que te he ocultado durante todos estos años, quizá porque responde a un impulso muy íntimo y porque ni siquiera él mismo lo supo nunca. Verás: desde que lo conocí aquella mañana imborrable de primavera en las landas verdes y floridas de Galilea, me sentí tan conmovida y a la vez tan desbaratada por dentro, que, para desahogarme, comencé a escribirle cartas que nunca me atreví a enviarle y he conservado solo para mí, sin compartirlas hasta ahora con nadie.

Me preguntarás qué utilidad tienen estos rollos de papiro, que ahora te adjunto, garrapeados por las noches a la luz de una lámpara de aceite, cuando él ya no los puede leer, al menos con los ojos de carne que tanto amé, ni responder de viva voz –¡qué voz la suya, María, qué timbre hondo y juvenil, cómo sonaba a mar infinito, inabarcable y amargo!–, ni mirarme con sus ojos tan cercanos y misteriosos como claras e inagotables fuentes en medio de un desierto. Ahora, madre, solo puedo obtener respuestas desde el corazón, que, tan herido y lloroso aún, todavía permanece hundido en una noche sin estrellas, pese a que él parece querer mostrarnos con sus fulgurantes apariciones un resplandor que nos supera.

Estoy sentada en la antigua villa de mi padre, bajo el sicómoro que mira al viñado, donde los campos se precipitan anhelantes en busca del mar de Galilea. Aquí, no sé cómo expresarlo, lo siento más cercano que en las inhóspitas calles de Jerusalén, donde las miradas de odio se entrecruzaban con horribles gritos e insultos. ¡Cómo nos arropábamos juntas, madre, al verle pasar así, hecho un jirón de amor e ignominia! ¡Solo tu calor y tu entereza me mantenían entre la plebe



vociferante! ¿Recuerdas? Sigo sin comprender cómo podías sostenerte de pie y tan entera hasta el final.

Dime, María, ¿a quién sino a ti podría enviar estas cartas de enamorada? ¿A quién desmenuar de pronto este saco de secretos, esta catarata de amor y angustia que se despeña de mi corazón? ¿Quién sino tú puede entender este desgarró de sol y sombra que me anega?

Comprobarás, al leerlas, que para mí también “todo empezó en Galilea”, como suelen decir los discípulos, después de que tú te quedaste sola como una flor abandonada en medio del erial y le dejaste en Cafarnaún, libre para seguir su camino. ¡Cuántas veces he pensado qué vacía debiste de encontrar tu casita-cueva de Nazaret sin él y sin tu José, que no tuve la suerte de conocer, mientras continuaban madurando las uvas de la vieja parra que lo había visto crecer y él no regresaba ya como antaño, sudoroso, de la carpintería por el empinado sendero del pueblo! ¿Cómo debieron de ser tus largas horas de ausencia y silencio! Aunque ese silencio, querida madre, tu silencio de siempre, incluso antes de que él naciera, ha estado en cada momento desbordado por una extraña plenitud. Al menos eso intuí desde que te vi por primera vez.

Sabrás por mis letras con todo detalle cómo le conocí; cómo era el agujero de mi alma hasta ese momento aquí en Magdala y en mis penosos viajes por este mundo; cuáles fueron mis amores o desamores; cómo ansiaba ya entonces, cual cierva sedienta, el manantial de aguas vivas. Conocerás los hombres que han pasado por la vida de aquella adolescente y mi insatisfacción de raíz y hasta mis locuras a pesar de todas las riquezas de mi padre, mi escapada de todo, mi lucha de mujer por sobrevivir, mi muerte en vida. Se cuenta, y lo cuchichean algunos discípulos, que él me liberó de siete demonios. Ahora sabrás si son demonios realmente o abismos interiores, deseos de luz, de abrazos llenos y besos con sabor a océano, de risas estrelladas y esa mil veces buscada música de dentro.

Te confieso lo que sabes: que él me abrió las puertas del espíritu mientras mi carne de mujer se estremecía, y que me costaba, sobre todo a los

comienzos, armonizar ambas sensaciones. En una palabra, María, no sabía cómo amarle. ¿Cómo se puede abrazar el horizonte? ¿Cómo se puede de una ojeada contemplar el mar entero? ¿Qué sensación queda cuando una voz se te clava en el corazón y este resuena hasta convertirse en cúpula de lo infinito?

¿Qué hacer cuando un hombre es a la vez ternura y desplante, caricia y huida, puerto y barca, morada y camino, abrazo y despedida?

Sé que he muerto con él y que a la vez nunca estuve tan viva. ¿Quizás porque de pronto me anegó el amor? ¿O es porque el secreto del día se encuentra en la oscuridad hueca de la noche?

Hace unos días estuve en su ciudad, Cafarnaún, en casa de Pedro. Todo estaba igual que entonces: el zaguán olía a brea y tinaja, cordel y pescado a la brasa. Sus discípulos asaban peces en el patio y salían regularmente a pescar, como antaño, hasta el amanecer. Dicen que lo han visto (pero ya sabes, irreconocible, como ahora se muestra: es él, pero no parece el mismo) y que lo encontraron en la orilla después de una pesca abundante. ¿Será una alucinación que sufrimos todos sus amigos provocada por el ansia y el dolor? ¿Llegué a verle realmente en aquel hortelano?

Pues yo sigo con mis preguntas de mujer desconcertada, como me dejó en el huerto del sepulcro, cuando me dijo que dejara de tocarle. ¿Cómo puede sin tocar vivir una mujer loca de amor? Siento mis manos como muñones y mis ojos como dardos sin diana, me siento huérfana, viuda, perdida, mientras paseo junto al lago y desgrano los días, las horas, los minutos vividos junto a él.

Algunas de las mujeres que le seguían han venido a verme. Todas coinciden



en que a cada una la miraba como si fuera única y que no han conocido hombre, ni judío, ni romano, ni griego, fiel o gentil, que tratara a las mujeres así, con ese respeto y delicadeza, sin despreciarlas o negarles la palabra. Juntas evocábamos los caminos andados a su vera, sus palabras preñadas de sugerencias, sus manos ardientes sobre las llagas

de los enfermos y las cabezas de los niños, sus noches a la intemperie en unión a ese Padre, que nunca hemos visto y que siento detrás de él como un incomprensible lazo, que tiraba de Jesús como un amante, que me lo arrebatava y que, lo confieso, me producía celos y hasta envidia.

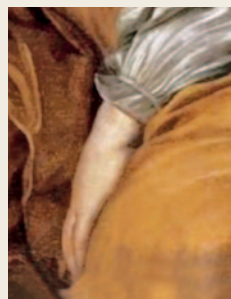
Quiero que leas estas confesiones sinceras y al límite de mí misma y que me respondas, si quieres, o las quemes, según te lo pida el alma; que tú, que tan bien le conoces, disuelvas esta sobresaltada mezcla de amor, lágrimas, desasosiego, hervor y miedo que me despierta por la noche para buscar su silueta blanca en la barca de Pedro, entre las redes, y la crecida claridad de luna que le añora sobre el mar y los recovecos del campo por el que caminamos juntos.

Habrás oído decir que algunos discípulos han mostrado su intención de poner por escrito la experiencia de estos años, para que su buena nueva pueda conservarse y transmitirse de padres a hijos. Yo les he animado. Pero te pregunto: ¿consideras una osadía que una pobre mujer escriba en estos tiempos sus recuerdos y vivencias, que desvelan su intimidad?

¿Sería pretencioso que una frágil judía, es más, que “la pecadora” señalada con el dedo no solo relate lo que vivió junto a Jesús de Nazaret, sino que se haya atrevido a escribirle cartas en secreto?

Tú le tuviste en tu seno, le cantaste las primeras nanas, le enseñaste las

»



**María Magdalena envía a María, la madre de Jesús, las cartas que nunca se atrevió a entregarle personalmente en vida a su Hijo**

## NO SÉ CÓMO AMARTE

» primeras palabras y le viste crecer tan cerca y tan lejos, como un riachuelo que iba haciéndose proceloso y se te escapaba en busca del mar. Nadie como tú puede comprenderme o, si quieres, amonestarme y explicarme qué me pasa, María. Muchas veces me quedo absorta mirando cómo él se te parece hasta en la manera de andar. Nos une su amor y el silencio de su ausencia-presencia.

Depositar estos papiros, donde la tinta egipcia de ceniza se empaña con lágrimas, en tu seno, es como reposar mi turbulenta vida en su pecho. Ya sabes: siempre seré “María la llorona”. Que su paz nos inunde, madre querida. Salúdame a Juan, que con tanto cariño te cuida, y tenme presente en tu plegaria para que el Paráclito me visite y me ilumine en medio de esta espesa, ardiente, prolongada noche.

*Tu hija,  
María, la de Magdala*

### EL GORRIÓN DE MAGDALA

#### Primera carta

#### a Jesús de Nazaret (Papiro 1)

*Querido Jesús:*

Adoro estos momentos atravesados de tonos rojizos y sombras, cuando la tarde se despereza como los brazos anchos de una campesina para reclinarse pronto en forma de noche y todo parece buscar quietud y despedida. La plata de los olivos se convierte en oro viejo y los pájaros, después de un revoloteo, se quedan extáticos para asistir mudos al último suspiro del día con la caída del sol. A lo lejos, el mar de Galilea se diría este atardecer un espejo malva mal azogado, mientras, sentada sobre una gran piedra plana, en un rincón de las afueras de Magdala, donde me escapaba de niña a jugar y soñar sola, te escribo esta mi primera carta.

¡He dudado tanto si atreverme a poner por escrito lo que llevo hace meses atesorando en el alma y sobre todo si enviarte o no estas confesiones! Al fin he resuelto que volcar todo lo que llevo dentro me hará bien, pues por el momento no me atrevo a compartir con nadie este fuego que me devora desde que te

conocí. Luego, Dios dirá qué hago con todo esto.

¿Por qué te escribo? Me encantaría sentarme a tu lado y, solos los dos, mirándote a los ojos, contarte cuanto voy a intentar entregar al papiro ahora, dejando pasar el tiempo sin tiempo, con ese sabor a eternidad en que se me suspenden los sentidos cuando te veo o te siento dentro. Me arde el corazón con solo recordarlo. Pero estás tan ocupado, tan rodeado de tus discípulos y la gente que te devora, cuando no te retiras solo a orar por la noche al monte, que no me atrevo a abordarte y menos a decirte lo que sentí en el primer momento en que te conocí y me viene quemando las entrañas desde hace meses. Aunque muchas veces pienso: ¿cómo decir lo inefable? ¿Cómo verter en palabras lo que gritan mis ojos o hierve en mis pulsos?

Pero antes necesito remontarme lejos, arrancar de los comienzos, contarte paso a paso quién soy yo. Parece mentira que nunca encuentre la ocasión tranquila de conversar contigo a solas, ¡andas siempre tan atareado! Porque mi apariencia engaña mucho, querido Jesús. Creo que tú lo has intuido desde que te vi por primera vez. Solo hay que echar una ojeada a tus discípulos cuando, con mayor o menor disimulo, se les escapan miradas que no pueden reprimir. “Son hombres, ¿qué van a hacer?”, me digo. Y eso que tú les has advertido que ya se puede adulterar con solo el deseo. Pero el instinto tiene garras que caminan solas. ¡Hombres!

Te cuento esto no para presumir de cuerpo hermoso, ya me conoces. Sino para decirte lo que sabes: que detrás de toda esta opulencia, en mi seno palpitante y mi mirada de mujer se oculta un alma de niña,

frágil como un gorrión tembloroso sobre una rama en pleno invierno. ¡Me siento tan pequeña, tan pobre, tan indefensa como si mi cuerpo cantara coplas que no son mías o fuera un corcel al galope sobre el cual no soy capaz de cabalgar! Soy la misma niña que



nació hace veinticinco años en esta ciudad de Magdala, a un paso de donde ahora escribo, a un camino de sábado del mar de Tiberíades. Soy hija del mar y los peces. Mis ojos se estrenaron a la visión, despertando azules, cuando mi madre, Débora, una cananea hija

de un comerciante venido de Oriente, me daba de mamar en estas riberas, en los tiempos en que ya mi padre, Jorán, no le hacía el menor caso, obsesionado con sus negocios de salazón. Aprovechó desde el primer momento la *Via Maris*, esa calzada que los romanos trazaron para embarcar rumbo a la Urbe, desde el puerto de Cesarea Marítima, un pescado que el imperio considera de primera calidad. Se había hecho rico en pocos años y el dinero se le fue subiendo a la cabeza como un licor venenoso, hasta endurecerlo y apagarlo bajo el brillo de su abultado montón de denarios.

Desde muy niña recuerdo a mamá esquivar por los rincones, disimulando detrás del velo y con afeites torpemente untados los golpes que le propinaba y sorbiendo lágrimas en los rincones oscuros de la hermosa villa que, al modo romano, se había construido mi padre en medio de este paisaje de ensueño.

—Madre, ¿qué te pasa? —le dije un día en que estaba sentada en el patio peristilado, con los ojos fijos en la fuente de tres caños en forma de cabezas de serpientes.

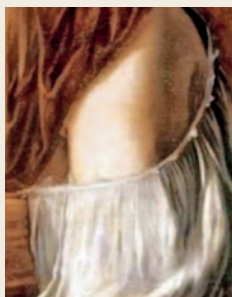
—Nada, hija mía. Que me he caído en el mercado esta mañana. No te preocupes.

—¿Y padre?

—Ya sabes. Estará en el *salarium* u oreando el pescado. Vendrá esta noche, creo. No te preocupes, María. Anda, vete a jugar.

No tuve que esperar mucho para comprobar cuántas noches no volvía o llegaba ebrio golpeándose a bandazos en las columnas después de continuas francachelas con los amigos, ausente siempre del hogar.

Un día, cuando apenas contaba seis años, le atisé desde el patio abofeteando a mi madre, que ya a duras penas podía ocultar los moratones. Mi padre era un hombre grande, de barba rala y ojos de





hielo. ¡Me cuesta tanto recordarlo! Apenas conservo en la memoria caricias tuyas. Eso sí, intentaba compensar su frialdad con regalos continuos y costosos. Muñecas de trapo tracias, ajorcas egipcias, vestidos de seda persa, que adquiría de buhoneros fenicios, o preciados perfumes y refinados collares que compraba a sus amigos romanos. Todo lo hubiera cambiado por un instante suyo de cariño, porque me sentara en sus rodillas y me contara algún cuento habitado por princesas y elefantes de Oriente.

Yo era, querido Jesús, una niña ayuna de estrellas, con los sueños por estrenar.

Recuerdo cómo tiraba de la túnica de Sara, la cocinera, para que se ocupara de mí entre las vasijas de grano o cuando removía el molino de piedra en el corral de atrás, entre el balido casi humano de las cabras que ordeñaba.

—¡Ay, esta niña, Yahvé la proteja —susurraba indignada—, que nadie se ocupa de ella! Ven, hija mía, ven conmigo.

Y me acurrucaba en sus faldas recitando salmos:

*Dichoso el que cuida del pobre  
y desvalido:  
el día aciago lo pondrá  
a salvo el Señor.*

Entonces el latido entre sus pechos acompañaba los versos del salmista y yo bebía, en arrullo de paloma, un sorbo imposible de madre.

Así fui creciendo, querido Jesús, como un cervatillo indefenso en medio de la foresta, hasta que una noche grité a mi madre que me había hecho mujer.

—¡Esta niña es un peligro, Débora! —oí decir a mi padre, reclinado en la mesa mientras devoraba un cordero condimentado con hierbas con mis tíos, que habían venido de Jerusalén a celebrar la Pascua, y yo jugaba con mis primos al escondite en la huerta, aunque, oído avizor, me enteraba de todo.

—Por Dios, Jorán, si todavía no es más que una niña de doce años; no exageres. —¿Exagerar? El otro día tuve que propinar un puñetazo a uno de mis empleados después de sorprenderle en un comentario soez sobre María.

Y en parte tenía razón. Cuando aún me fascinaban las muñecas

había despertado en mí la feminidad de repente, como un volcán. Me sorprendía untándome coloretes de mi madre o mirando cómo habían crecido mis pechos más rápidamente que los de mis amigas. ¿Acaso no lo decía el Cantar?

*Tus dos pechos, cual dos crías  
mellizas de gacela (...)*

*¡Qué bellas tus mejillas con los  
pendientes, tu cuello con collares!*

¿Era malo sentirse hermosa? Sin embargo, mi madre me zarandéo un día que me ensortijé y me colgué “pendientes de oro incrustados de plata” de su arqueta en la alcoba. Brillaban mis ojos verdes, que había



Magdala, lugar de nacimiento de nuestra protagonista, se ubicaba en la región de Galilea, junto al lago de Genesaret o de Tiberíades



## NO SÉ CÓMO AMARTE

» heredado de ella, tan raros en mi raza, como mi pelo color caoba que tocaba con un sutil velo turquesa. Al mismo tiempo volaban mis sueños como aves cautivas en busca de aire libre.

—¿Estás loca, María? Anda, niña, vete con tus amigas. No juegues con fuego.

Pero ¿puede encerrarse el fuego cuando empieza a quemar? ¿Puede esconderse la belleza en un arcón con siete llaves?

Se torneaban mis brazos y mis piernas, “columnas de mármol apoyadas en plintos de oro”, y me espiaban los mozos de Magdala cuando me levantaba la túnica hasta las rodillas para bañarme en la orilla y brincar sobre el agua riendo con mis compañeras de juego.

Aquella conciencia de ser bella acrecentaba mi soledad, princesa encarcelada en un palacio de oro y jaspe, que en el fondo vive alejada de los demás, porque —lo aprendí muy pronto— ser deseada no siempre es ser querida. Hasta el rabino me miraba de reojo, con esa mezcla de gusto y pasión con que se contempla lo prohibido.

Cuando nos instruía sobre Adán y Eva, yo lo seguía sin pestañear. Dios le da un paraíso al hombre y le concede una mujer para que le haga compañía. Aprendí que nos creó mirándose a sí mismo: “A imagen de Dios lo creó: varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: ‘Creced y multiplicaos’”. Mi imaginación de niña descubría valles, montañas, mares, ríos, animales y, en medio, un hombre y una mujer desnudos con la mirada limpia, destinados a disfrutar de esa belleza. Los veía de la mano, felices, abrazándose bajo los árboles, despertándose juntos sobre prados cuajados de flores, sin miedo a su desnudez y armonía. No era malo el cuerpo, pues Dios mismo reconoce en el relato bíblico que lo que había hecho era “muy bueno”.

Luego Jonatán, el rabino, se mesaba la barba y esgrimía el dedo:

—Pero ellos desobedecieron a Dios comiendo del árbol del bien y del mal. Y debéis saber que fue la mujer la que incitó a comer el fruto, siguiendo la tentación de la serpiente, para ser como Dios, “versados en el bien y en el mal”.

Mis ojos de niña se abrían desorbitados al saber que

entonces se dieron cuenta de que estaban desnudos. Pero desde muy pequeña yo era reflexiva y no me cabía en la cabeza aquello del fruto unido a la desnudez.

—Rabí —le pregunté un día a la salida de la sinagoga—, ¿es malo que a Adán y Eva se les abrieran los ojos y supieran distinguir el bien del mal?

—No, María, esa es la consecuencia de su pecado.

—Y ¿cuál fue su pecado?

—El orgullo: querer ser como Dios.

—¿Y eso qué tiene que ver con que se vistieran con hojas de higuera y sintieran vergüenza de su cuerpo?

—Porque se despertó en ellos la malicia; descubrieron el deseo, hija. Pero tú eres muy pequeña para entenderlo. Cuando crezcas, lo comprenderás del todo.

¿Por qué los mayores huyen siempre de las preguntas más importantes de los niños? Esa misma cuestión me la sigo haciendo hoy. Igual que nunca entendí lo que le dijo a Eva: “Mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás hijos con dolor; tendrás ansia de tu marido y él te dominará”. ¿Es el destino de la mujer solo parir? ¿Es mala el ansia de amar y ser amada? ¿Por qué es el hombre el que tiene que dominar a la mujer y no al revés? ¿Porque hemos salido de su costilla y no ellos de la nuestra?

Muchas y difíciles preguntas para una adolescente sensible y reconcentrada. Mirando cómo se apareaban las cabras en la majada, les daba vueltas a estas historias, como si ellas, los camellos y los perros fueran más felices que nosotros, que hemos perdido la naturalidad y el contacto con la hermosura espontánea de la naturaleza. Por no hablar del lío que me produjo saber que Abraham le dijo al faraón que su hermosa mujer, Sara, era su hermana para que yaciera con ella, o que Isaac tuviera catorce hijos con cuatro mujeres diferentes. ¿Y Salomón? Se acostó con moabitas,

**He aquí un relato  
evangélico desde  
la óptica de una  
mujer maltratada,  
enamorada y libre**

amonitas, edomitas, fenicias e hititas, hasta “setecientas esposas y trescientas concubinas”. Madre mía, no sé si exageró el autor del libro de los Reyes, pero nadie solucionó entonces mis perplejidades. Nunca he dejado de leer los libros sagrados y mi curiosidad me llevó con el tiempo a una tremenda conclusión: en la Biblia, la hembra ocupa un lugar secundario. Es propiedad de su padre y, luego, de su marido. No hereda, salvo que carezca de hermanos varones. No se le consulta para el matrimonio. No puede promover el divorcio. Tiene prohibido participar en oficios religiosos. Sus votos en el templo valen menos que los del hombre. ¿Es ese el designio de Dios sobre nosotras?

Eso sí, de algo estoy segura: que el mal, el pecado o como quiera llamársele, es algo verificable, algo que llegaría a sufrir a fondo en mi propia carne. Y proviene precisamente del orgullo y el dominio sobre los demás, más que del ansia de amar que llevamos dentro. Lo empecé a vivir en mi casa de una manera trágica, como te lo voy a contar.

Un día, cuando tenía quince años, subí al centro de Magdala a llevar un recado a mi padre. Creo que era un rollo de papiros con las cuentas del negocio, que se había dejado en casa. No estaba en la lonja de la salazón, pregunté en el mercado y me dijeron que estaba en la *mikveh*, donde los hombres hacen abluciones y se bañan después de tener relaciones sexuales. Esperé en la puerta, oculta detrás de una tinaja, pues tenía verdadero pavor a mi padre.

Le seguí sin que me viera. Cruzó el mercado, refulgente al sol del mediodía. Luego se perdió por un callejón donde le esperaban dos mujeres de labios pintados y grandes escotes, Lot y Rebeca, famosas en Magdala por acudir a un prostíbulo romano, aunque yo entonces lo ignoraba. Volví a casa asustada, sin entregar a mi padre el recado, y con toda ingenuidad se lo conté a mi madre. Ella, como casi no salía de casa y a pesar de los malos tratos de mi padre, apenas sabía de sus correrías, si no era que se emborrachaba con los amigos.

Aquella noche los gritos y los golpes despertaron a los vecinos. No pude pegar ojo y, a la mañana siguiente, cuando fui a buscar a mi madre, no »





Conversión de la Magdalena,  
de Artemisia Gentileschi



Magdalena penitente,  
de Giacomo Galli

## Los enigmas de la Magdalena

Después de la publicación del *best seller* mundial *El código Da Vinci*, uno de los libros de ficción más leídos y de peor calidad literaria, que difunde las tesis más descabelladas y absurdas sobre ella, se produjo un auténtico *boom* editorial en todo el mundo, que pretendía ofrecer aportaciones a su comprensión, desde diferentes ángulos y posturas. Celebrada como santa por la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa y la comunidad anglicana, **María Magdalena** tuvo cierta importancia para las corrientes gnósticas de los orígenes del cristianismo y es mencionada tanto en el Nuevo Testamento como en algunos evangelios apócrifos. En realidad, en los canónicos se habla poco de ella (...).

Tradiciones posteriores la han identificado con otras mujeres, como la adúltera, la mujer anónima que unge con sus perfumes a **Jesús y María de Betania** (con esta última la identifica, por ejemplo, el papa **Gregorio I**) y el arte figurativo ha explotado su imagen de pecadora arrepentida y penitente, lo que ha permitido a los pintores e imagineros incluir en sus obras desnudos sacros. Otras acepciones de María Magdalena, en competencia con **Pedro**, como compañera y hasta amante de Jesús, pueden encontrarse en diversos apócrifos más tardíos, como el Evangelio de Pedro, el de Tomás, el de Felipe y el de la propia María Magdalena. Los biblistas actuales se inclinan a considerar a las tres mujeres citadas como personajes completamente diferenciados.

Aparte de otras tradiciones de la Iglesia ortodoxa, después de que **Pablo VI** retirara en 1969 de María Magdalena el apelativo

de “penitente”, así como la lectura del Evangelio de Lucas sobre la pecadora de su memoria litúrgica, diríamos que hoy conviven dos teorías extremas sobre su figura: una más conservadora, que defiende la Magdalena de siempre; y otra, influida sobre todo por la teología feminista, que le atribuye un papel preeminente, concedido por el mismo Cristo, entre sus seguidores, que habría sido eclipsado y postergado por la primitiva Iglesia al identificarla con una prostituta, siendo descalificada de esta manera por los apóstoles varones por el mero hecho de ser mujer. Según esta tendencia, los siete demonios de los que fue liberada por Jesús no pasarían de ser meras enfermedades psicológicas. No es intención de este libro entrar en esta y otras encendidas polémicas, ya que abordamos una novela y no un tratado o ensayo escriturístico o teológico. De todas formas, su más

ambiciosa intención es presentar una lectura evangélica desde los ojos de una mujer enamorada y, sobre todo, trazar el itinerario espiritual de un despertar de la marginación y el sinsentido gracias al encuentro con Dios. En cualquier caso, es imprescindible advertir que la imagen de la protagonista solo quiere ser una propuesta más sobre este atractivo personaje bíblico, sin pretensión alguna de reflejar la definitiva y real Magdalena, por otra parte, imposible de recuperar. Eso sí, al mismo tiempo quisiera ofrecer una liberadora vía de ayuda, consuelo y crecimiento interior a cuantos, desde la soledad, el dolor y la marginación, se enfrentan hoy con los envites de un mundo cruel e injusto.

(Fragmentos tomados del *Epílogo*)



Magdalena meditando,  
de los hermanos Le Nain



## NO SÉ CÓMO AMARTE

» la reconocí. Tendida sobre la cama, era un bulto informe color malva; sus ojos, rayas rojas cerradas; sus brazos hinchados, sacos de harina. Sara limpiaba entre lágrimas sus heridas.

—¡Que se lleven de aquí a esa niña! —musitó con un hilo de voz desde sus labios deformados.

La niña ya era lo suficientemente mujer como para comprenderlo todo. Salí despavorida y corrí y corrí campo a través hasta el lago de Genesaret y allí, frente a mi mar, lloré con la respiración entrecortada. Era el primer gran llanto de la lacrimosa Magdalena.

Aquella imagen de violencia sobre el cuerpo de mi madre se quedó clavada dentro de mí y aún hoy me desvela en las noches. Porque, encima, me sentía culpable de que hubiera sido yo la causa del descubrimiento de mi madre y, por tanto, de la tremenda carnicería que había sufrido.

Porque desde entonces mi madre no levantó cabeza. En un primer momento, mi progenitor se asustó de lo que había hecho y llamó primero a un *rofé* judío y luego a un *servus medicus*, el esclavo sanador de un tribuno, que era su amigo, cuando este pasó por Magdala. Ninguno pudo curar a mi madre, que se apagaba como una antorcha titilando en el frío del invierno.

Una noche que no estaba mi padre, ella me llamó:

—María, hija. Me siento cada vez más débil. Yahvé me arranca de este mundo sin apenas disfrutarlo y te voy a dejar sola. Ya no podré cuidar de ti. Tampoco lo hará tu padre. Sabes cómo es. Tendrás que hacerlo tú por ti misma. Pediré al Dios de Israel que encuentres un hombre bueno que sea tu esposo y tu amigo, que te proteja y te quiera como mereces. Eres un lirio cándido en medio de un barrizal. Nunca olvides que, por mucho que te hieran, tu santuario, hija, está dentro de ti.

Lloré tres días y tres noches, un caudal de lágrimas que me dejó vacía. Mi padre parecía una estatua de piedra bajo el dintel, a la salida procesional del cadáver de su esposa entre los pífanos y el falsario lamento de las plañideras. Yo miraba marcharse el féretro, envuelto en olor a sándalo e incienso, como si mi vida se escapara hacia el cementerio para siempre (...). ●



### Curiosa historia de un cuadro

Este cuadro, que ilustra la cubierta del libro, tiene una historia singular. Su autora, **Artemisia Gentileschi**, pintora romana del siglo XVII, primera mujer que trabajó el arte profesionalmente, iniciándose en el taller de su padre, fue violada por su maestro. Sin embargo, su padre se negó a denunciarlo al Vaticano hasta un año después, por lo que el violador mereció como pena solo un año de cárcel y de destierro. Artemisia se vengó, sobre todo, pintando mujeres bíblicas como **Judit** o **María Magdalena**. De *María Magdalena como melancolía* existen dos versiones: una más *deshabillé*, pero de peor calidad, en México; y esta, que se conserva en la catedral de Sevilla. Rayos X demostraron, además, que el cuadro fue retocado revistiendo algo más al personaje, seguramente a instancias eclesiásticas. Icono para las feministas, la vida de Artemisia ha sido materia de algunas novelas y películas. Sus declaraciones a la Inquisición, bajo tortura, no pueden ser más crudas y valientes. Como pintora, está considerada heredera de la escuela de **Caravaggio**.